

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## EL SI Y EL NO OBJETORES DE CONCIENCIA

MUCHO he deseado que la amnistía llegara también a los «objetores de conciencia». Porque la amnistía —agua mansa— es un medio vital donde ha de crecer —y bien puede crecer— un alga brillante color esperanza: la reconciliación. La cual buscábamos a incitación de Paulo VI, en el Año Santo pasado, y no la hallamos. Cierto que no es cosa simple, ni sencilla ni fácil de lograr la reconciliación de los humanos todos entre sí, y la de cada persona con Dios —con su Dios ya conocido o por conocer, o con la ausencia de Dios reconocida y conscientemente aceptada por la persona en sí.

Ahora ya, sin desfallecer, sin nuevas demoras, hemos de salir en busca de una paz humana tal y como salían los peregrinos de la alta y la baja Edad Media hacia aquellos lugares santos en los que esperaban el perdón total de las torceduras de sus vidas, y al cabo una nueva vida posible tras haber borrado con pasos contados por rutas escarpadas y peligrosas la vieja vida suya.

La amnistía aceptada, aprehendida como debe serlo, es buen ropaje para nosotros, buscadores peregrinos actuales, que, además, y en lugar de bordón en la mano podemos apoyarnos confiadamente en una Carta católica —católica significa universal— que se viene llamando de Santiago el Menor es una exhortación escrita entre los años 57-62, o bien entre los 80-90, en muy buen griego, por un cristiano de origen judío, y que recoge las palabras de Santiago el Menor, y la actitud que esas palabras reflejan —estupenda y válida actitud hoy todavía.

La Carta es un texto precioso, que señala las vías por donde van y no deben ir los cristianos, y da las claves que pueden conferir a la vida humana si no armonía, cuando menos coherencia.

Se escribió esta Carta a gentes contemporáneas del autor, y muy mal conciliadas entre sí: las unas, en la cima de toda riqueza, aplastan feamente a las otras, residentes forzosos en la sima de la máxima pobreza. El frenesí de los pudientes por

allegar todavía más riquezas materiales a su montón suscitaba guerras brutalmente batalladas, envidias violentísimas, y copia ingente de palabras intemperantes que son trallazos en carne viva para quien las oye desde la bajura de su estado, y a la vez causan llagas en las almas muertas de quienes las pronuncian: mal fuego devastador, las malas palabras.

Santiago el Menor no conoció a Jesús, pero era uno de los dichos «hermanos» suyos, y el Señor se le apareció resucitado. La iglesia de Jerusalén le consideraba y honraba como a grande amigo del Señor, que dio testimonio de Cristo con su vida el año 62 —le condenó a muerte el gran sacerdote del Templo, Ananías el joven, y fue lapidado. La vida de este mártir Santiago es el esfuerzo continuo para lograr que bien se entiendan entre sí los judeocristianos y los gentiles convertidos a Cristo.

La Carta explica que la Palabra —el Evangelio— ha de ser vivida en forma de actos y obras de amor, y se vale de la preciosa imagen del espejo —actual imagen de un alma viviente en el espejo (y nótese que en el siglo I los espejos no eran abundantes): «Llevar a la práctica el mensaje y no os inventéis razones para escuchar y nada más; pues quien escucha el mensaje y no lo pone en práctica se parece a aquel que se miraba en el espejo la cara que Dios le dio y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era» (I, 23-24). (Nuestros grandes místicos harán uso de esta imagen —bella y cierta— donde la persona es a la vez su interior y su aspecto.)

La condición humana de las gentes del siglo I tiene rasgos que parecen ser de hoy mismo. La Carta, cuando está a punto de terminarse, da otra consigna que para mí es esencial: «Que vuestro sí sea sí; que vuestro no sea no». He aquí una afirmación sobria y concisa de la conciencia personal, que expresa el comprometimiento con la propia conciencia —el pacto absoluto con la verdad de cada cual—. Porque todos tenemos nuestra pequeña muerte arropada en los huesos y nuestra pequeña

y personal verdad aposentada en el alma. La propia conciencia exige un vivir auténtico en toda hora. Y cuando como tal se manifiesta, debería ser siempre respetado y salvaguardado en toda sociedad consciente que se mira en el espejo de sí misma, se ve tal y como es, y no intenta luego engañarse aparentando olvidanza y quehaceres emergentes. Pero ¡ay también! de quienes confundan con otras cosas ajenas a ella su íntima, inalienable, personal conciencia, que dice sí, así es; y no, no es así!

En el Cementerio Civil de Madrid están los hombres —varones y mujeres— que vivieron guardando fidelidad a su conciencia cuando ese modo de vivir era más duro y más difícil que hoy todavía —y lo fue ciertamente en muchos tiempos—. Hoy, cien, setenta y cinco, cincuenta, cuarenta años después, apenas nadie recuerda lo que a ellos les costó entregarse no en un rapto, sino día a día, a esas obras exigidas por su personal conciencia, obras que ahora ya relumbran para todos y entonces sólo ellos las tenían por buenas. Eran los quehaceres emprendidos eficaces, valiosos, humildemente realizados —y por eso acaso tan buenos y perdurables los resultados—. Es cierto que la historia del siglo pasado y del actual no puede escribirse sin centrarla en estos seguidores fieles de sus conciencias, a quienes tenían sus contemporáneos por criaturas satánicas a veces, y casi siempre en situación de desplazados: gente contestataria, gente inconvinible, sin duda a fuer de verdadera y sin mancilla —digo, a veces—. Pero han sido estas gentes en muy gran parte quienes por caminos nunca antes hollados hicieron posible la convivencia de gentes entre sí muy variadas, antagónicas incluso, lo cual era necesario para bien de todos, a la par que imprescindible para cada persona humana. Porque sólo ligando sin dolo alguno nuestras conscientes verdades, esas por las que nuestra vida es más humanamente de Dios, se convierte en vivible este suelo firme y duro, este mar entrañable, este aire que —a pesar de todo— es respirable.

Carmen CASTRO

## HIPOCRESIA DE FONDO PRODUCCION Y CONSUMO

ME ha parecido advertir que, de un tiempo a esta parte, ya no se habla tanto de la «sociedad de consumo». La literatura acerca del tema, por lo general, era más bien negativa y, desde luego, de aire virtuoso: una mezcla de desdén y de anatema. Poco a poco ha ido amortiguándose. Quizá sea por aquello de la crisis. Teóricamente, la situación actual, con el desconcierto inflacionario, el aumento del paro y tantas angustias más, tendría que haber repercutido sobre la presunta euforia del consumismo, en el sentido de recortarla e incluso de desmontarla. No sé hasta qué punto los hechos certificarán la posibilidad. Algo de cierto habrá, sin duda. Pero me temo que convendría buscar —o redondear— la explicación por otro lado, menos serio. Los dicitos anticonsumistas nunca pasaron de ser un tópico, y el tópico se gastó, quedó refutado por la realidad, demostró su insuficiencia como argumento polémico. Otro factor en juego era la hipocresía de fondo, desde la que venían profiriéndose las críticas y los repudios. Sólo un anacoreta absoluto podría haberlos lanzado con plena honradez, y no era éste el caso. Tal vez los hipócritas en cuestión se cansaron de su propia comedia. Y no importa, en definitiva.

Porque el consumismo, y su premisa el productivismo, son algo más que meras «ideologías», o «mensajes alienadores», como se ha intentado hacer creer, y el intento, dicho sea de paso, sí es «ideológico» o «truco alienador». La cosa de deriva, fatalmente, del mecanismo intrínseco de unas «formas de producción» específicas, que sólo pueden funcionar así. Pido perdón si mi terminología no es correcta, o resulta grosera. Trato de decir que los recursos tecnológicos de que hoy disponemos, siempre crecientes por lo demás, en su inmediata aplicación industrial, crean una situación en la cual la tendencia a «producir más» resulta inexorable y, claro está, provoca la tendencia simétrica a «consumir más», igualmente lógica. Este es el principio. Luego vendrán las objeciones: la tan sobada de que mucho de lo que se produce y se consume es «superfluo». Lo sea o no, el proceso a que aludo no admite pegas. Cualquier intento de frenarlo conllevaría un retroceso a las cavernas. Toda nuestra vida,

en las grandes metrópolis y en las últimas aldeas, ya está incursa en este circuito de correlaciones. La salud, la alimentación, los desplazamientos, la cultura, los vestidos, el ocio y el trabajo, la entera acción humana, depende de ello.

«Materialismo» se llama la figura. Que nadie se escandalice. Todos somos «materialistas» a estas alturas, en doctrina explícita o en la práctica corriente. Y ahora rebajo la palabra, «materialismo», de sus altas esferas filosóficas. Pienso, sobre todo, en los programas. Los estucos «espiritualistas» con que se adorna el capitalismo, monopolista o no, no engañan a nadie: su esencia es el negocio, y el negocio consiste en comprar y vender, con las consiguientes plusvalías de por medio y a cada paso. Los estados llamados socialistas —descartemos anécdotas burocráticas— se obligan por principio a asumir las necesidades básicas de la población, y a resolverlas sistemáticamente. ¿Cómo podrían hacerlo sin acelerar la «producción» y satisfacer una vasta ansiedad de «consumo»? La obsesión de «producir» es obvia, a ambos lados de la frontera: por el lucro, y no sólo por el lucro, en el nuestro, el capitalista; por exigencias sociales amplias, automáticas, en el otro, el socialista. Cuando, de pronto, salen un intelectual crispado o un obispo bondadoso, y condenan el afán desaforado de «producir», uno se alarma ante tanta inocencia, si inocencia es. Hay mucha gente por el ancho mundo, y pide comida, medicinas, comodidad, diversión, enseñanza, etc. ¿Cómo poner remedio a todo esto?

Lo urgente de una «producción» múltiple y multiplicada salta a la vista. Cantidades inmensas de hambre antigua están por saciar. Y escribo «hambre» con la intención de que el concepto abarque más «ganar» que las del estómago. Los muchedumbres que habitan el planeta, y más a medida que dejan de chuparse el dedo, piden las sencillas gollerías de nutrirse razonablemente, de instalarse en un domicilio mínimamente digno, de pasarlo bien de vez en cuando, de que le calmen los dolores físicos —los morales—, le aplacen la muerte, le faciliten fármacos o bisturios oportunos. Y cada día somos más: más millones de bocas,

de sexos, de reumas o cánceres, de curiosidades culturales, de viviendas. Las bobadas de un «retorno a la fase preindustrial» son literalmente ininteligibles. Los «hippies» y los santos seguidores de Lanza del Vasto siempre han confiado en que, al producirse un apuro, habrá un teléfono, una farmacia, una televisión a la vuelta de la esquina. Y eso, el micrófono, la aspirina, o el quirófano, y un impreso, y los caldos en sobre, un automóvil, suponen fábricas, polución, colonialismo, universidades, despachos, laboratorios, y lo que sigue.

Y, puestos a fijar el asunto, ¿dónde hay, dónde ha habido esa «sociedad de consumo», tan grotescamente difamada por la fauna canora del Lumpenkonsumismus (¿se diría así en alemán?) devoto o izquierdoso? No en el Tercer Mundo, por supuesto. Ni en el Segundo: el de la hegemonía soviética. En el Primero, la bendita área de la Civilización Occidental y Cristiana, tampoco se ve nítido el planteamiento. En este ámbito, unos son «consumistas» desaforados, pero la mayoría todavía es indigente y pelada. Calificar peyorativamente de «consumismo» el deseo de una ama de casa subalterna, de tener una nevera, o un televisor, o abrir unas latas para la cena y preocuparse de las enfermedades familiares, y lo que ustedes añadirán, es una perversidad. En los Estados Unidos, por lo que informan, se ve que no todos sus ciudadanos son igualmente consumistas, ¡vaya! En Europa, las máximas cotas del consumismo se atribuyen a la zona escandinava, y como un grumo derivado, a los Países Bajos. Los demás, no digo ya el Estado español con sus pintorescos avatares, sino Francia, Italia, la Alemania neonazi de la socialdemocracia, Austria, la mismísima Suiza, ¿hasta qué extremo son verdaderas «sociedades de consumo»? La demarcación escandinava, particularmente, ha servido de referencia. No es que allá aten los perros con longanizas, pero se aproxima la hipébole.

Y, enseguida, surgió el incoordinado. En la Europa del Norte, asegurada y dedicada al consumo, el vecindario se estupidiza: un exceso de confort y de comida y bebida regulares se traduce en una degradación «moral». ¿Degradación? La torpentina «reacción» meridional, de entrada, denuncia un cierto libertinaje. Un libertinaje perfectamente «ordenado», si bien se mira, y dando

luz verde a un vocablo tan confuso y vaticanesco como «libertinaje». Eso es envidia cochina. Los súbditos de la Europa «democrática» envidian a los suecos, a los noruegos, a los daneses, y hasta a los holandeses. ¿Por el «consumismo»? Sí. Y por lo que el consumismo comporta: un estilo de tolerancia inédito donde aún mandan los luteranos, los calvinistas, los católicos, y sus variantes de izquierda, como son los comunistas más o menos ateos. La campaña denigratoria contra el «consumismo» —contra una penosa reclamación de cubrir necesidades claras— suele caer en el ridículo. Las comparaciones se resuelven en denuncia. Una preciosa mentira que se ha disparado contra el «consumismo» —contra el escandinavismo, concretamente— es que su tasa de suicidios supera a la de las rústicas y medievales reminiscencias del Mediterráneo. Mentira, insisto. Torva manobra «ideológica» además.

La hipótesis de que un hombre o una mujer, pudiendo vivir al margen de las venerables insidias, acaba en el tedio total, y dispuestos al suicidio, es una bella treta de quien todos sabemos. Si la Escandinavia completa es insoportable, habrá que concluir que son «más soportables» los complejos inguinales, el carecer de seguros perfectos, la ausencia de «comodidad». Se desprecia el «bienestar». Algunos escritores «hiperbóreos» —como habría dicho don Marcelino Menéndez Pelayo— se suman a la insidia. Ellos se aburren en su circunscricción: se drogan, se emborrachan, y uno, de tarde en tarde, se mata. Desde el ángulo «pre-consumista» en que estamos colocados, eso es un sarcasmo ofensivo. Como decía un comentarista francés, a la falsa «sociedad de consumo» del Mercado Común, cuando le hablan de las ignominias escandinavas, es como si a un familiar riguroso le denunciasen los riesgos de una indigestión. «Envoyez toujours la bonne bouffe! On verra après!» Los que aún no hemos alcanzado una discreta cota de «consumismo» —y somos la mayoría—, estamos a favor del «productivismo» a ultranza, y de lo que pueda caer en consecuencia. «On verra après!» Los suicidios asegurados, las drogas, el aburrimiento visceral, serán lo de menos. Unas milésimas en un porcentaje.

Joan FUSTER

**Perpiñá**  
Rda. San Pablo, 4, 6 y 8 Rda. Universidad, 21 - Tels. 242.17.35 - 318.79.94

**LAVADORAS DE HOY A PRECIOS DE AYER**

**AUTOMATICAS 10 PROGRAMAS DE LAVADO**

**10.777,-**

O POR SOLO 666,- PTAS. AL MES

1.ª marcas - CROLLS - ZANUSSI - BRU - EDESA - AEG

**COMPRE HOY A PRECIOS DE AYER**

transporte gratis a toda Cataluña

**PROPIETARIOS O COMUNIDAD**

Resolveremos su problema de excesos de consumo o faltas de agua

Vía Layetana, 24, 2.º 1.ª

Tel. 310-18-57 mañanas, Vda. Casas

**WERNER**

TV COLOR

PAL Y SECAM, INDISTINTAMENTE PLAZOS DESDE 1.750 PTAS. MES

ABONAMOS SU VIEJO TV

DISTRIBUIDOR OFICIAL

**J. PONS LLOBET**

Paseo de Gracia, 48. Tel. 216-03-94

**CAJA DE JUBILACIONES Y SUBSIDIOS TEXTIL**

**MUTUALIDAD LABORAL**

Turno de descanso para pensionistas

Para conocimiento general de los pensionistas de Jubilación y de Invalidez en el grado de incapacidad permanente y absoluta, de esta Mutualidad, residentes en Barcelona y su provincia, se informa por la presente nota de la organización de un turno de descanso que tendrá lugar en Lloret de Mar (Gerona), del 6 al 21 de octubre próximo, y al que podrán asistir acompañados cada uno de un familiar (exclusivamente cónyuges o hermanos mayores de 40 años). Los gastos de desplazamiento desde Barcelona-Ciudad hasta el Hotel asignado en Lloret de Mar, así como las estancias y manutención, serán a cargo de la Mutualidad. En la Sede Central de ésta, calle Aragón, 275, Barcelona, se facilitará a los interesados el preceptivo modelo de solicitud el cual, una vez cumplimentado en todos sus extremos, entre los cuales inexcusablemente la declaración facultativa de que ni el interesado ni el propuesto acompañante padecen enfermedad infecto-contagiosa y que pueden valerse por sí mismos, deberá presentarse en la misma Entidad, cerrándose el plazo de admisión de instancias el día 20 de agosto actual.